

ANSELMO CARRETERO Y JIMÉNEZ

**ESPAÑA, EUROPA
Y LOS CAMINOS
HACIA
EL SOCIALISMO**



EDICIONES DE "LAS ESPAÑAS"

MÉXICO, D. F., 1963

UNA de las cuestiones que más preocupan hoy a los españoles con inquietud política es la unión europea y la posibilidad y conveniencia del ingreso de España en ella. Por otra parte es hecho conocido que las concepciones económicas socialistas han ganado muchos adeptos entre las nuevas generaciones. Planeación económica; nacionalización del crédito, de los recursos no renovables y de los servicios públicos; creación de empresas estatales o de economía mixta para la expansión de importantes ramas de la industria; reformas agraria y fiscal; mayor productividad; más justa distribución de la riqueza, y otros semejantes son temas que interesan hoy a muchos jóvenes españoles, incluidos importantes sectores de la juventud católica. Ambas preocupaciones, la europeísta y la socializadora de la economía, se entrelazan y con frecuencia su examen debe abordarse en conjunto. Así, la revista "Tribuna Socialista", que edita en París un grupo de jóvenes compatriotas de las generaciones posteriores a la guerra civil, dedica la mayor parte de su último número (febrero-mayo de 1963) al estudio de la cuestión europea desde un punto de mira socialista.

Su lectura me ha inducido a escribir este artículo que suscribo con carácter estrictamente personal, entre otras ra-

ziones porque el denominador político común de quienes hacemos LAS ESPAÑAS no es específicamente socialista sino genéricamente liberal y democrático.

*

Comenzaré por tratar de exponer en pocas líneas mi concepción del socialismo. Militante desde la mocedad en las organizaciones políticas y sindicales del socialismo español, declaro llanamente de antemano que a estas alturas ya estoy harto en demasía (o “hasta el copete”, como se dice en Méjico) de dogmas, sagradas escrituras y excomuniones de marxistas y marxólogos de diversas sectas o partidos; por no hablar de los marxistas-leninistas... los marxistas-leninistas-estalinistas... y los marxistas-leninistas-estalinistas-maoístas; y que me tiene completamente sin cuidado coincidir o no con el pensamiento de Marx o los de sus principales epigonos.

Eso de la “ciencia del marxismo”, como lo de la “ciencia política”, nombre ahora en boga, me parece una manera, como otra cualquiera, de bautizar estudios o ramas del saber que carecen en absoluto del rigor científico de la filosofía natural, o ciencias físicomatemáticas, dentro de cuyo campo ya está plenamente la química y va entrando a grandes pasos la biología.

Los problemas actuales del socialismo hay que abordarlos sin prejuicios doctrinarios, con claridad intelectual y honradez de propósitos y, sobre todo, con conocimiento de la realidad y sentido práctico para obrar dentro de ella; con el mismo conocimiento de la realidad e igual sentido práctico

con que el ingeniero debe hacer un estudio técnico de transcendencia social . . . y con el conocimiento de esa realidad humana que es el pueblo, saber fundamental en la sabiduría del político.

Seré, pues, marxista en cuanto mi pensamiento coincida con las ideas y enseñanzas — que son muchas, y algunas de ellas muy valiosas — de aquellos grandes pensadores y revolucionarios cuyo “Manifiesto comunista” tuve en mi juventud por libro de cabecera; y no lo seré, o dejaré de serlo, en cuanto no esté de acuerdo con ellas por parecerme erróneas, inadecuadas para nuestro día o en contradicción flagrante con el curso de la historia. Porque el gran pensador y revolucionario de las barbas bíblicas, si levantó grandes fervores como predicador de una nueva fe, en la anunciación del futuro resultó mal profeta, al grado de que sus inmediatas y principales predicciones se derrumbaron con estrépito y en cambio alzaron su figura por bandera revoluciones triunfantes dónde y cómo él nunca había imaginado.

El socialismo no es ninguna ciencia abstrusa ni saber que requiera largos años de estudio tras especial preparación, y por lo tanto asidua dedicación profesional, sino una concepción de la sociedad al alcance del ciudadano común. Cualquiera persona de mediana inteligencia y cultura, y desde luego todo universitario o intelectual (historiador o filósofo, matemático o escritor, médico o ingeniero . . .) puede ser socialista, con pleno conocimiento de lo que es el socialismo, sin haber dedicado años enteros al estudio de las doctrinas socialistas. De lo contrario el socialismo sería sabiduría exclusiva de una aristocrática minoría especializada en su estudio cuyas exposiciones y dictámenes tendríamos que aceptar la inmensa mayoría de los ciudadanos con la misma fe en tales sabios con que un arquitecto admite el diagnóstico de un cardiólogo o éste da por buenos los cálculos del hos-